

Capítulo 7: El susurro bajo el tatami

Japón, 1582. El viento que bajaba de las montañas de Hida no traía solo el frío del invierno, sino también rumores. Rumores de guerra, de ceniza y de un trono vacío tras la caída del Emperador Miyamoto. Pero en la aldea de Shirakawa, escondida entre la niebla y los pinos gigantes, el mundo exterior parecía un sueño lejano.

Para Kai, sin embargo, el silencio de la aldea era una jaula.

—¡Otra vez! —gritó la voz ronca de su abuelo.

Kai apretó los dientes y levantó su bokken, la espada de madera astillada por años de uso. El sudor le pegaba el flequillo negro a la frente. Tenía doce años, pero sus ojos, oscuros y observadores, parecían los de alguien mayor.

—Estoy cansado, abuelo —protestó Kai, bajando los brazos.

El anciano, conocido en el pueblo simplemente como "El Viejo Kenzo", estaba sentado en el porche de su pequeña cabaña, bebiendo té con una calma exasperante. A pesar de su edad, Kenzo tenía la espalda recta como una lanza y una mirada que parecía atravesar la madera.

—El cansancio es un invitado que se va si no le ofreces asiento, Kai —respondió Kenzo sin mirarlo—. Un guerrero no descansa cuando quiere, sino cuando debe.

Kai resopló y lanzó una estocada al aire, torpe y frustrada. Kenzo suspiró, dejó su taza y se puso de pie.

—Suficiente por hoy. Tengo que bajar al pueblo a intercambiar las hierbas medicinales por arroz. No tardaré.

—¿Puedo ir? —preguntó Kai con esperanza.

—No. Quédate y vigila el fuego. Y Kai... —El abuelo se detuvo en el umbral del jardín, su silueta recortada contra el sol poniente—. No entres en la habitación del fondo. El suelo está inestable.

Kai asintió, aunque ambos sabían que esa advertencia se repetía cada semana. Kenzo se ajustó el sombrero de paja y desapareció sendero abajo, dejando a Kai solo con el sonido de las cigarras.

Durante la primera hora, Kai obedeció. Avivó el fuego y afiló un cuchillo de cocina. Pero el aburrimiento en una montaña solitaria es un enemigo peligroso.

Mientras barría el pasillo principal, el mango de la escoba golpeó una de las esteras de tatami cerca de la "habitación inestable". El sonido no fue seco, como madera contra madera. Fue un eco. Un sonido hueco.

Kai se detuvo. Miró hacia la puerta por donde se había ido su abuelo. Nada.

Con el corazón latiéndole en la garganta, se arrodilló y apartó la estera. Debajo no había tierra ni vigas podridas. Había una tabla de madera de cerezo, perfectamente pulida, que desentonaba con el resto de la vieja cabaña. Al presionar una esquina, la tabla se levantó con un clic suave.

—¿Un escondite? —susurró Kai.

Metió la mano en el hueco oscuro. Sus dedos rozaron algo frío y suave. Tiró de ello y sacó una caja larga y estrecha, lacada en negro, con un emblema dorado que el tiempo casi había borrado: una flor de loto envuelta en llamas.

Kai sabía que no debía abrirla. Sabía que el abuelo se enfadaría. Pero la curiosidad era más fuerte que el miedo.

Quitó la tapa.

Dentro no había joyas ni monedas. Solo un pergamino antiguo, envuelto en seda roja, y una extraña empuñadura de espada sin hoja. La empuñadura estaba hecha de un metal rojizo que parecía vibrar al tacto, caliente como una brasa.

Kai desenrolló el pergamino con cuidado. El papel crujió. Estaba lleno de dibujos de batallas, demonios de sombra y, en el centro, la figura de un guerrero con una armadura de color rojo sangre. Debajo, una inscripción en caracteres antiguos que Kai apenas lograba descifrar gracias a las lecciones de su abuelo:

"Cuando la oscuridad cubra el trono y el caos reine, el espíritu despertará. Solo aquel que escuche el silencio podrá portar la Llama. Busca al Samurai Carmesí donde la tierra toca el cielo."

—El Samurai Carmesí... —leyó Kai en voz alta. Había escuchado esa historia a los mercaderes. Decían que era un mito, un cuento para asustar a los bandidos.

De repente, la empuñadura de metal en la caja emitió un pulso de luz tenue, iluminando la penumbra de la habitación. Kai dio un salto hacia atrás, soltando el pergamino.

—Veo que la curiosidad ha ganado la batalla —dijo una voz grave a sus espaldas.

Kai se giró de golpe. El abuelo Kenzo estaba de pie en la entrada, pero ya no parecía el anciano frágil que bebía té. Su postura era firme, y su mano descansaba sobre el mango de una daga oculta en su obi.

—Abuelo, yo... se cayó y... —tartamudeó Kai.

Kenzo no gritó. Caminó lentamente hacia la caja, miró la luz que se desvanecía en la empuñadura y luego miró a Kai con una mezcla de tristeza y orgullo.

—Esa luz no ha brillado en cincuenta años, Kai —murmuró el anciano—. Pensé que tendría más tiempo para prepararte. Pensé que podría esconderte del destino un poco más.

—¿De qué hablas? ¿Qué es esto? —preguntó Kai, señalando el pergamino.

Kenzo se sentó frente a él y suspiró, un sonido que pareció llevarse el peso de los años.

—No es solo una leyenda, muchacho. Es una herencia. Y me temo que el mundo exterior ya sabe que está aquí.

En ese instante, un aullido antinatural rompió la paz de la montaña. No era un lobo. Era algo más grande, algo metálico y furioso.

Kenzo se levantó de un salto y le lanzó la caja a Kai.

—Guárdalo. Coge tu bokken y corre hacia el bosque de bambú.

—¡No te voy a dejar! —gritó Kai.

—¡Corre, Kai! —ordenó Kenzo con una voz de mando que Kai nunca había escuchado—. La caza ha comenzado. Y tú eres la presa.

Kai apretó la caja contra su pecho. Por primera vez, se dio cuenta de que su vida tranquila en la montaña había terminado. La leyenda del Samurai Carmesí era real, y fuera lo que fuera lo que venía por el camino, venía a por él.